

Inland Empire

Titular: *Alicia en el laberinto*

\*\*\*\*

Manuel J. Lombardo

Lynchiana, EEUU-Francia, 2006, 175 min. Dirección y guión: David Lynch.  
Fotografía: Odd Geir-Saether. Música: Varios. Intérpretes: Laura Dern, Jeremy Irons, Justin Theroux, Harry Dean Stanton, Julia Ormond, Diane Ladd. Avenida (VOS).

Vaya por delante un aviso para navegantes: si no gustan del universo de David Lynch, mejor ni se acerquen a *Inland Empire*. Si lo hacen se encontrarán, precisamente, con su obra-*summa*, un palimpsesto en el que se cruzan ecos de *Cabeza borradora* y *Carretera perdida*, de *El hombre elefante* y *Terciopelo azul*, de *Corazón salvaje* y *Mullholand drive*; una obra que parece renacer de sus cenizas de celuloide para cobrar forma de futuro bajo la nueva y rugosa textura artesanal del vídeo digital; una película en la que resuenan todos y cada uno de los elementos iconográficos, sonoros, narrativos, temáticos o simbólicos que han hecho de su cine una marca reconocible y personal elevada a los altares de la autoría de prestigio.

Vaya también por delante un *mea culpa* de este servidor, quien dejó escrito en estas mismas páginas, a propósito del estreno de *Mullholand drive*, que Lynch me/nos había tomado el pelo. Nada más lejos de la opinión que, tras un segundo y sucesivos visionados, mantengo ahora sobre la susodicha cinta y su autor.

Avisados y disculpado, *Inland Empire* se abre en canal por los densos y tortuosos territorios de una narración subjetiva de cajas chinas, transita por un laberinto infinito, avanza meándrica, digresiva y autoconsciente por los dos lados de un espejo deformante en el que se refleja, insistentemente, el rostro y la mueca desencajados de Laura Dern, aristocrática actriz en un Hollywood fantasmal y siniestro, perdida dentro y fuera de su propio personaje.

Lynch fulmina la lógica del relato, toda lógica, y se/nos instala en un universo sin asideros, entra y sale de sus propias trampas, reescribe las pistas, también falsas, que pudieran servirnos de guía de seguridad por este viaje hacia el imperio de lo subjetivo. *Inland Empire* se sitúa, de hecho, en un no-lugar pesadillesco de puertas que se abren y se cierran, un no-lugar poblado por hombres-conejo y prostitutas bailonas, en un espacio-tiempo líquido y siniestro, susurrante y espasmódico, en el que resuenan el gótico norteamericano, la falsedad del *glamour* de Sunset Boulevard y el gélido paisaje gris de una Europa desdibujada que adquiere los tonos de un relato *kafkiano* trasplantado al fin del mundo. El personaje deviene en *zombie*, los cuerpos en fantasmas, el presente en memoria y el pasado en futuro.

Atrapados por el perverso e irónico trazado de su demiurgo, en *Inland Empire* sólo nos queda entregarnos a un juego cuyas reglas desconocemos, abrimos a la sugestión de las imágenes y los sonidos (tanto o más importantes que las primeras), intentar descifrar en el rostro de Laura Dern, desdoblada no se sabe ya cuántas veces en cuántos mundos paralelos, la verdadera naturaleza de un endiabrado artefacto que, finalmente, como casi siempre, nos acaba hablando de nuestra más profunda e íntima relación con el cine. Aun así, querido Lynch, un poco de tijera no le hubiera venido mal al asunto.